

La guerra de las mentiras

ALEJANDRO
VARA



Nunca hemos sabido tanto sobre una guerra, pero seguramente nunca hemos estado tan lejos de la verdad». El editorial del *Wall Street Journal* introducía una cierta dosis de escepticismo ante la general creencia de que, esta vez sí, hemos asistido a una guerra transmitida en directo.

La Guerra del Golfo fue un videojuego de calidad dudosa, pantallas en verde y haces luminosos cruzando la oscuridad de las noches vacías. Para la *toma de Bagdad*, el Pentágono se inventó la figura del periodista *incrustado* en las divisiones aliadas con la misión de narrar; en conexión permanente, el épico avance de los carros de combate a través de un inhóspito paisaje monótono y desértico.

Un invento que, dicho sea de paso, tiene sus precedentes en la Guerra de Sucesos de los Estados Unidos en la que tanto las tropas nordistas como las del Sur desplegaban sus efectivos acompañados de decenas de periodistas. Más de doscientos informadores viajaron con los efectivos del Norte y casi un centenar con los confederados. Transmitían a golpe telegráfico o mediante servicios de transporte improvisados. En una ocasión, el general **Sherman** expulsó del ferrocarril a un periodista empeñado en «conocer la verdad». «¿La verdad dice usted?», le contestó. «¿Pretende acaso que el enemigo sepa lo mismo que nosotros?».

No nos engañemos. Poco han cambiado las cosas desde entonces.

La información sobre la guerra sigue siendo un juego cínico de medias verdades y completas mentiras. ¿Dónde estaban los tres círculos de hierro con los que **Saddam** había protegido Bagdad? ¿Dónde está la invencible moral suicida de la Guardia Republicana iraquí? ¿Dónde los arsenales de armamento no convencional? ¿Cuántas víctimas civiles, cuantas bajas militares?

El espectacular despliegue de corresponsales de guerra que cayeron sobre Irak desde todos los frentes han inundado con crónicas, reportajes, conexiones en directo, las pantallas de todo el mundo, en una especie de *reality show* que se ha prolongado durante tres largas semanas. En Estados Unidos, la asistencia a espectáculos públicos ha descendido un 25% en estos días más largos en tanto que la audiencia de los canales de noticias *non stop* se ha triplicado. Ha sido el triunfo del *infotainment*, la información tratada como un *show*, un *show*, eso sí, en el que no hay efectos especiales, sino destrucción y muerte real.

El general **Brian Burridge**, comandante de las tropas británicas que tomaron Basora, se mostraba muy crítico con la actitud de los medios de comunicación. «Se creen que esto es un espectáculo deportivo o una película de hazañas bélicas. En cuanto se complicaron

las cosas, en cuanto vieron que la película duraba algo más de hora y media, comenzaron las críticas, los reproches. Los periodistas no aportan nada». De similar opinión es **Morley Safer**, de la CBS, quien estuvo en Suez, Vietnam, Kosovo: «Hace años, en la Edad Media, cuando empecé a cubrir guerras, teníamos tiempo de reflexionar. Ahora, de repente, estás ahí en medio del desierto, conectan contigo y tienes que decir algo, cualquier cosa. Mucha conjetura y poco análisis».

El *periodista incrustado*, con casco, uniforme de camuflaje, chaleco antibalas, como un soldado más, ha arrebatado en esta ocasión cierto protagonismo informativo a los que se jugaban arriesgadamente la vida en los hoteles de Bagdad. Esta es la gran lección que el Pentágono extrajo de Vietnam, condensada en la famosa frase de **Lindón B. Jonson**: «Si hemos perdido a **Walter Conkrite** (el legendario *anchorman* de la televisión) no sólo hemos perdido la guerra sino que también hemos perdido a América».

Esa estrecha convivencia con la tropa, 24 horas al día en situaciones muy hostiles y en condiciones extremas, los periodistas *incrustados* han vivido en un ambiente de estrecha vinculación, casi camaradería, con los militares. Se trataba de convertirlos en una especie de *cheerleaders* de los marines y tropas de infantería con los que viajaban. Mascaban la misma arena de las tormentas del desierto, padecían los mismos zarpazos de calor, se angustiaban con las mismas situaciones límite.

Puede que no nos mostraran la guerra, sino tan solo una parte de ella, la que muestra la cámara, la que improvisaba en su entrecortada narración. Era mínima porción del enorme mosaico del conflicto. Pero, algo es algo.

En esta ocasión, además, se ha contado con un nuevo prisma, la otra visión de los acontecimientos, que emitía Al Yasira, la televisión de Qatar que nos ha acercado el otro lado de la guerra, la del mundo árabe, que nos fue vedada en la reconquista de Kuwait.

De los 27 reporteros que asistieron al desembarco de Normandía hemos pasado a la nutridísima nube de periodistas que transmitió, desde todas las tomas posibles, alguna inaudita, el chapucero derribo de la mastodóntica estatua de Saddam Hussein, el corolario de la toma de Bagdad.

Con todo, ninguna guerra ha sido tan cruel y tan penosa para la familia periodística. Una decena de muertos en menos de un mes de contienda. Pese a las censuras, las manipulaciones, las presiones y pese a las bombas, no cabe duda de que la información, todavía, sigue siendo el único antidoto contra la propaganda.



JESÚS IBARROLA

ROSA
BELMONTE



Los ladrones de Bagdad

Estaba pensando en llamar a alguna respetable empresa local de traperos para hacer limpia en mi casa. Pero creo que lo mejor va a ser hacerme con un grupo organizado de iraquíes. Dejan las casas como la patena. Se lo llevan todo, desde los aislantes de las paredes a las sillas giratorias, pasando por azulejos, aspas de ventilador, zapatos de tacón, botes de Nescafé o una vajilla completa. Hasta se ven niños por la calle con maletines de ejecutivo (que no se preocupen que yo también tengo maletines de piña para el niño y la niña). Me sobran varios televisores viejos que les harían un papelón (si tuvieran luz), sobre todo desde que **Bush** y **Blair** han inaugurado su propio canal. Tienen el país sumido en el más puro desorden y lo primero que se les ocurre es montar una tele. Con subtítulos en árabe cuentan que las tropas británicas y estadounidenses se retirarán y dejarán un país libre para ser gobernado por los iraquíes. Espero que no por los mismos que se llevan los wáteres a costas (si les da un apretón siempre pueden hacer un alto).

Saquear la casa de **Tarek Aziz** o los palacios de **Sadam** puede tener justificación. Y más si el sátrapa jefe, en el de Basora, tiene los apliques del baño chapados en oro (el muy cretino, en la jabonera, tenía etiquetas colgadas que certificaban el baño de oro de ley de 24 quilates). Pero es que no se han contentado con los palacios, los *mercedes* de purpurina de **Uday** o los organismos oficiales que pudieran simbolizar la opresión del pueblo.

Han arramblado con el hospital donde está el niño de brazos amputados y con varias embajadas. Hasta con la de Alemania, que se opuso a la guerra (claro, que a lo mejor es por eso). Los Alí Babá, como los llaman los otros iraquíes (que también los hay), se han hecho los dueños de las ciudades. Llevan a cabo la recreación moderna del ladrón de Bagdad ante los fusiles pasivos de los soldados. Estos disparan a furgonetas llenas de mujeres y niños o a balcones de hoteles con periodistas, pero a los mangantes los dejan saquear a sus anchas. No van a intervenir en el desarrollo de su idiosincrasia. Los uniformados deben de estar pensando que con semejante pueblo de salvajes cómo no iban a intervenir para poner orden. Aunque el supuesto orden consiste en pegar pepinazos para sumir el país en un caos. Habría que recordarles esa frase revejida que nos decían de pequeños de que no hay que confundir la libertad con el libertinaje (hasta me da vergüenza escribirla).

Al ver una guerra, a través de la tele y la prensa, una sabe que va a haber muertos, civiles y militares. Como se mata al que pasa por allí, también es posible que se liquiden periodistas (que deben de ser los únicos de todo el tinglado que van porque les da la gana). Lo otro es un añadido aún más salvaje que tiene el mérito de retratar a los humanos como aves de rapiña. Unos disimulan y otros no. Unos se llevan wáteres y otros contratos millonarios para arreglar lo que previamente han roto.

El FMI, pesimista

PEDRO VILLALAR

El Fondo Monetario Internacional no ha hecho sino proclamar un secreto a voces en su informe sobre las perspectivas económicas mundiales publicado el pasado día 9: aunque una guerra corta en Irak —como la que, en principio, ha conseguido ya derribar el régimen de **Sadam Husein**— tendrá efectos evidentemente benéficos sobre la economía mundial, no por ello desaparecerán completamente los riesgos. El sistema estaba ya muy deteriorado y, aunque no parece demasiado probable una recesión, nos aguarda sin duda una etapa de crecimiento muy débil. Una de las razones del pesimismo es el déficit de la balanza de pagos norteamericana, susceptible de «provocar una caída brutal del dólar, que

podría a su vez influir sobre los tipos de interés y perturbar la recuperación en los Estados Unidos y en todas partes».

El informe no oculta el temor del FMI por una traslación de las grandes fracturas diplomáticas a la economía. Y por ello, realiza una recomendación tan infrecuente como sensata: «es necesario, para la comunidad internacional, actuar rápidamente para restaurar la confianza, superar los desacuerdos surgidos antes de la guerra y asegurarse que no se vuelquen sobre la esfera económica».

Quienes pensaban y decían, en fin, que una guerra corta sacaría a la economía mundial del marasmo, deberán reconsiderar tan precipitadas conclusiones.

XIM

